

La ruta de la vida

El bus andaba a una velocidad que no importaba. Quieto en su silla estaba Luis Ángel, un viejo en una travesía irreplicable hacia el pasado, en el retorno a lo que algún día fue, campesino y político, en el retorno a Urabá el 13 de marzo del 2014.

Mi tristeza se la lleva el agua

Bastó con llegar al mar de Necoclí para que Luis Ángel se pusiera más feliz de los que estaba. En Currulao había sentido felicidad de volver tras 17 años sin retornar a las tierras que lo vieron vivir, al lugar de sus luchas políticas e ideales de nación que se soñaban en la U.P. Era el lugar de su pasado como concejal de Turbo.

Había sentido también la brisa en Apartadó, había pisado el polvo Currulao y tomado la dulzura de un raspado en el parque. Ya había revivido el paisaje de las bananeras a lado y lado de la carretera por donde tanto anduvo, ya había sentido el sofoco desde Dabeiba y los mosquitos de la noche. En Turbo había visitado pasajeramente su antiguo recinto donde sesionaba como dirigente político.

Ahora estaba allí, el viejo de más de 7 décadas lleno de historias, en el agua. Estaba jadeante, lidiando con las olas del Urabá costero. Llegó al hotel cerca a la playa y, tan pronto pudo, se metió en la maraña de agua en ropa interior a sentir la sal de su tierra.

Ahora solo quedaba eso beber la sal, escuchar el tronar de las olas cuando chocan, lavar despreocupadamente su pasado y dejar sus pesares, como un ritual. Se le veía feliz. De pronto tambaleaba porque una ola intentaba tumbarlo. Pero sonreía cada vez que se sumergía y salía. Gozaba porque días antes había en él un llanto, un llanto mudo provocado por muchos fantasmas.

En los caminos andados

Luis Ángel salió de la habitación 401 del hotel Guateque el 15 de marzo rumbo a Currulao, era su primera visita a un lugar que dejó de serle conocido por el paso del tiempo. Pero las huellas del destierro no lo borraron todo. Camino al corregimiento buscaba entre calles

polvorientas y un sol penetrante su casa. Las calles por donde anduvo gran parte de su juventud seguían intactas en su memoria.

La encontró en el barrio El Guarumo, una casa grade y pintada con dos pisos. Estaba tan cambiada como no la dejó. Al salir de aquí, producto de la amenaza y la persecución en el Urabá paramilitar del 97, dejó el palacio en obra negra y sin segundo nivel. “Cuando yo me fui estaba la mera plancha, estaba en obra negra y la mera plancha”, recuerda.

Volver aquí, volver a las calles de Currulao lo llenó de alegría, pero una alegría nostálgica porque, su juventud quedó aquí, “aquí compartí muchas experiencias, muchas alegrías, muchos sueños, muchos futuros que se frustraron, pero volver a esto aquí, eso es lindo, para mí es satisfactorio”, reflexionó.

Su retorno por los caminos andados no era una solución a tanta pérdida, pero “el volver es como descargar algo que pesaba tanto”, expresó con sus lágrimas caídas mientras descansaba en el parque al pie de un árbol frondoso. “El volver aquí es como el inicio de seguir reconstruyendo”, agregó.

El paso fue aligerado y sin detenimiento a los detalles porque quizá no era lugar seguro para él. Sin embargo reveló no sentir miedo, al contrario, lo que tenía era seguridad. Siguió el camino hasta Turbo por la misma ruta con que acostumbraba ir a sesionar como concejal de izquierda.

El calor era de un Urabá en verano, tenso para el visitante, pegajoso. Pero la planicie recompensaba el sofoco con la brisa que se filtraba en las cientos de hectáreas llanas de banano sembrado. Parecía evocar un cuento de Gabo, de aquellos de viaje y sol, parecía estar viviendo La siesta del martes.

Turbo es un baile afro por donde se mire. Cientos de ellos cubren el paisaje de las calles. Sus roles se alternan como transeúntes, motociclistas, trabajadores, funcionarios o en las cantinas donde suena el vallenato y hace sombra. Lo otro es rutina, comercio y pequeñas y medianas embarcaciones donde sale el banano y entra la mercancía.

Es sábano y, como es de esperar, el Concejo Municipal está cerrado. No hay manera de entrar al recinto ubicado en el segundo piso del

edificio en plena zona céntrica. Luis Ángel se limitó recordar a sus afueras y en el pasillo por donde le fue posible estar por un instante.

Recordó muchas cosas que la U.P, mediante sus dirigentes, lograron en los años de la participación activa. “Se consiguieron escalas, alcantarillados, vías de penetración”. Aquí hubo un tren de vehículos de recolección de basura que la U.P gestionó”. En el concejo, dice, “hacían coaliciones. La UP tenía mucha seriedad y compromiso con lo que se hacía”.

Era paradójico, un sobreviviente y dirigente político no tenía el privilegio de entrar donde algún tiempo aprobó normas para el propio municipio. Y al contrario se le miraba como un extraño, con la desconfianza que era de suponer.

El baile rojo

Luis Ángel fue concejal del municipio de Turbo la hacia el año 1993 por la U.P. “La Unión Patriótica fue un proyecto que dio muchas esperanzas y donde la gente se entusiasmó”, dijo mientras caminaba las calles de Apartadó, su cuna política. Era de los tiempos en que, recuerda, sesiona 6 o 7 veces por mes en el período legislativo, en la administración del alcalde Edgar Genes.

La Unión Patriótica en Apartadó era una fuerza política importante con influencia en toda la región. Luis Ángel resaltó que el partido gobernó en alcaldías y secretarías. “Apartadó era parte fundamental y donde la Unión Patriótica fue mayoría con alcalde, con los concejales, en puestos como secretarías de gobierno. Mucha parte de la administración era de la U.P”.

Desde mediados de los 90, período en que las Autodefensas unidas de Córdoba y Urabá despliegan sus fuerzas por las distintas zonas estratégicas, empieza el terror para los dirigentes políticos de izquierda. Por toda la persecución habida, Luis Ángel lamentó, como un peso en su corazón que “donde la Unión Patriótica no hubiera sido destruida de esa manera, hoy fuéramos poder, hoy fuéramos gobierno, hoy fuera un gobierno en Colombia manejado por la U.P”.

El estudio “Dinámica Reciente de la Confrontación Armada en el Urabá Antioqueño”, de la Presidencia de la República, constató que “para comienzos de 1997, las ACCU extendieron su presencia de manera

importante a los municipios de Ituango, Dabeiba, Frontino, Toledo, Cañasgordas y Uramita, y empezaron una dinámica de expansión hacia el Nudo de Paramillo desde las partes bajas de los ríos San Jorge y Sinú”.

Las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá venían en ofensiva contra la insurgencia y sus redes de apoyo. Con esto, cientos de campesinos y líderes políticos fueron asesinados bajo la complicidad del Estado y distintos sectores con pider en la región. “Hubo patrocinio por parte del mismo Estado en los que están metidos políticos y empresarios que estuvieron empeñados en acabar con la UP”, sumó Luis Ángel. “De ahí hubo una alianza entre políticos, militares y paramilitares”, concluyó.

Luis Ángel recordó las modalidades en que los paramilitares descomponían las bases del partido. “Primero comenzó la guerra selectiva, eso se dio por mucho tiempo. Mataban líderes, dirigentes políticos. Luego fueron las masacres”. Así desaparecieron, según REICICIAR, más de 6 mil dirigentes y militantes de base, del 84 al 2004, tras 20 años de existencia del partido. Entre los caídos estaban dos candidatos presidenciales y un largo listado de alcaldes, senadores y concejales.

De acuerdo con ACNUR, en su informe del 2004 sobre indicadores de Derechos Humanos en el Urabá Antioqueño, “en la década de los noventa los municipios con las más altas tasas de homicidios de la región fueron Chigorodó, Apartadó, Mutatá, Turbo y Carepa”, los mismos municipios que Luis Ángel frecuentaba.

Hace 8 años, la Corporación para la Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, REINICIAR, al celebrar los 20 años del nacimiento de la U.P, denunció que la persecución al partido seguía. “La cifra de asesinatos, torturas, desapariciones y desplazamientos forzados de miembros de ese movimiento político sigue en aumento y hoy está cerca a las 6 mil víctimas”. En 1997, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos aceptó la demanda contra el estado Colombiano por genocidio político.

Luis Ángel salió el 18 de junio de 1996 de la terminal de Apartadó amenazado de muerte. El baile rojo no pudo tocarlo directamente. Quién sabe si fue por suerte o viveza que llegó a evitar su propio asesinato a manos de miembros del Estado colombiano y paramilitares

quienes lo buscaban. A suerte de la vida, en el trajinar de la violencia, un sobreviviente viviendo en Manrique.

De vuelta, con la tierra en los zapatos.

Don Luis Ángel miraba el algodón de nubes en la ventana del avión. Viaje silencioso, de pura y mera contemplación por las plantaciones de banano vistas desde arriba, por los cientos de caminos diminutos y por encima de las montañas. Todo un paisaje para quien se aleja, en el vuelo 9967, de una experiencia del retorno a la vida vivida. Pero igual, como todo en esta región, nostálgica por las decenas de vidas que se salvaron con solo pisar el avión desde el aeropuerto Los Cedros de Carepa o por los exiliados o por los que no pudieron salir.

Por aquí muchos líderes del partido huyeron de ser asesinados. Muchos de los dirigentes, contó Luis Ángel, tuvieron la oportunidad de salir del aeropuerto Los Cedros. “Unos solamente hacia Medellín, otros exiliados a Europa y que no han vuelto y otros por tierra”, relató.

El avión que viajaba cuatro días después, a 500 kilómetros por hora hacia Medellín, dejaba la huella del paso de Luis Ángel por los lugares de su memoria después de 17 años sin volver. Quieto en su silla estaba el viejo después de una estancia irrepetible en el pasado, en retorno a lo que algún día fue: campesino, político, el retorno al presente, de su Urabá del alma a Medellín, ocurrido el 17 de marzo del 2014.

Alexander Zuleta S.